

cuadernos de tercera instrucción n° 60

primera semana de mayo 2023

philosophie
magazine...abril 18 de 2023



Tribune

Dominique Bourg: “La crisis ecológica impone una política de salubridad pública”

Dominique Bourg, publicado el 18 de abril de 2023

De la prohibición de la caza con sabueso a la de las piscinas privadas, los ecologistas están siendo cada vez más acusados de querer instaurar una «dictadura» duplicada con un nuevo «orden moral». Para **Dominique Bourg**, esto es confundir elecciones morales abiertas –como la de nuestra relación con el sufrimiento animal– con políticas de urgencia, como las restricciones de agua impuestas con motivo de la sequía.

Ahora bien, la sordera con respecto a los verdaderos desafíos ecológicos es el terreno de las dictaduras de mañana.

Por el lado derechista o extremo-derechista del tablero político, las recriminaciones contra los ecologistas van bien. En el mejor de los casos, se los califica de «sectarios», para evocar una cantinela del magazine *Valeurs actuelles*, en el peor de «fascistas», de promotores de una «dictadura ecológica», algo que en este caso no le falta sal. Esas diatribas se desarrollan sobre el fondo de un incremento en potencia espectacular de las dificultades ecológicas, y especialmente de las manifestaciones del desarreglo climático, y en primer lugar las cuestiones de la sequía. Ahora bien, en este contexto, los tipos de argumentación son de una importancia fundamental. Y, en esta materia, la confusión reina, en primer lugar entre los propios ecologistas.

En la situación que nos convoca, nada me parece más inconsecuente que la confusión ampliamente difundida entre las posturas y argumentaciones morales por un lado, y las constataciones ecológicas por el otro. Consideremos el caso de la caza con sabueso. ¿Posicionarse contra esta práctica es algo ecológico? De ninguna manera. Las posturas en pro o en contra son todas simplemente ajenas al dominio de la ecología. Yo puedo estar contra la caza con sabueso por razones morales, fundando mi juicio en una moral pathocentrada que condena el dolor que de forma gratuita se le inflige a un ser sensible. Puedo estar contra ella por razones políticas, porque ese tipo de cacería constituye la sobrevivencia de un sistema feudal de un tiempo ido. O por la suma de los motivos. Etc. Tal no es aquí el asunto. A estos juicios bien se le pueden oponer otros. No derivan de ninguna necesidad distinta a la de la coherencia construida con más o menos fortuna de mis propios juicios. Es una cuestión de opinión. Y lo propio de una sociedad democrática es el no buscar aplastar la pluralidad espontánea de las opiniones y sensibilidades, sino más bien de organizarla con el referencial derecha-izquierda para las que conciernen la organización de la sociedad. Estar en pro o en contra de la caza no tiene nada que ver con la tasa de erosión de las especies, ni con la recurrencia de las sequías o de otros eventos climáticos extremos, ni con los grandes ciclos biogeoquímicos, ni con la destrucción de la microfauna de los suelos, etc. Evidentemente, es posible declararse hostil a esta caza y ecologista, y por ende consciente de estas dificultades. Pero la adopción de una no entraña para nada el reconocimiento de las otras, y viceversa.

Ahora bien, y es lo menos que se puede decir, la confusión va más allá de la cacería con sabueso. Cantidad de militantes ecologistas se declaran por ejemplo veganos y antiespecistas, incluso es una tendencia fuerte. Por qué no;

pero el problema es que no comer ninguna carne por razones morales o reducir significativamente su consumo, para disminuir las emisiones mundiales de carbono, aunque compatibles, son dos actitudes totalmente diferentes. La primera busca desterrar actos particulares (de la crianza al plato) y es auto-suficiente, como cualquier otra prohibición moral; la segunda no encara directamente la cadena de acciones que van de los establos a la parrilla, sino sus consecuencias ecológicas difusas e indirectas, y esto hasta las perturbaciones universales y a largo plazo del funcionamiento del sistema-Tierra, recogidas en la expresión «desarreglo climático», pasando por la deforestación inducida. Nadie escapará a dichas consecuencias y ellas afectan y afectarán la capacidad de este planeta para acoger las formas actuales de vida, *a minima*. Ellas constituyen materia de consensos, y no el juicio moral vegano o anti-especista. La confusión entre estos dos registros es políticamente grave. Entendámonos bien, no hay ningún problema en que un partido político pueda reivindicarse vegano y anti-especista, pero además de su cualidad de «ecologista», pero no en lugar de ello.

Consideremos el caso de las sequías y de la escasez de agua que se produce. Aquí sí que estamos entonces confrontados con un problema auténticamente ecológico. El desajuste climática que se presenta afecta el régimen de lluvias y bien particularmente su repartición, suscita olas de calor más frecuentes y más intensas, incluyendo sequías repentinas; tres canículas sucesivas en Francia durante el verano 2022, ¡busquen un precedente! Y esto produce una situación dramática, especialmente en materia de producción alimenticia. En abril de 2023, grandes cultivos cerealeros de España fueron ya destruidos por la sequía; la cosecha será nula. En Francia, los Pirineos-Orientales y el Aude están en una situación de estrés hídrico muy cercano. Cuando la situación objetiva es tal, prohibir el llenado de las piscinas privadas o el regado de los campos de golf, frenar los tipos de cultivos más hidrófilos, etc., no constituyen medidas arbitrarias, sino de salubridad pública. De manera general, en una situación de penuria, el dejar-hacer trae como consecuencia el privar a la mayoría de un recursos en provecho de un pequeño número. En este caso el racionamiento es el deber de las autoridades públicas para asegurar una justa repartición. Lo que en otras circunstancias aparecería como escandalosamente autoritario, se impone como justo. Aquí no se trata de una decisión moral que crea una situación arbitraria, sino de decisiones políticas que permiten disminuir las consecuencias de una situación objetivamente dramática. Sin embargo hagamos dos anotaciones. La actual situación climática es efecto de decisiones políticas anteriores. La manera cómo las medidas de restricción son adoptadas y acompañadas juega evidentemente también en su recepción, especialmente para los agricultores de la *agrobusiness* sobreendeudados. Por el contrario es escandalosa la denegación de estas situaciones, muy difundida en las esferas complotistas o de extrema derecha; como lo es también la actitud de las autoridades públicas que, como en el caso de Sainte-Soline [[leer nuestro artículo](#)], organizan la captación del agua para algunos porcentajes de agricultores. Según el ecólogo estadounidense **Garrett Hardin**, el teórico de la «tragedia de los comunes» [[leer nuestro artículo](#)] –es decir la idea de que un

recurso compartido pero limitado tiende a ser sobreexplotado— y que no es exactamente lo que se podría llamar un autor de izquierdas, se sabe que situaciones ecológicas objetivamente diferentes pueden suscitar reglas morales y sociales a contrapelo las unas de las otras. La confusión de los géneros denunciada antes fragiliza el reconocimiento por parte del público de estas situaciones inéditas a las que no podremos enfrentar sin cambiar de hábitos de consumo y de comportamientos consuetudinarios.

Los dramas abundan y abundarán por que durante los últimos decenios no se tuvo en cuenta ninguna experticia ecológica y científica. El agua fue precisamente el ejemplo que utilizó el agrónomo **René Dumont** durante su campaña electoral de 1974... Sea lo que fuere, importa para el presente y para el futuro aprender a distinguir las situaciones a las que estaremos confrontados y las maneras de solución que buscaremos adoptar. Instituciones como el IPCC ([Intergovernmental Panel on Climate Change](#)) o el IPBES ([Intergovernmental Science-Policy Platform on Biodiversity](#)) se fundaron con este espíritu, con miras a proveer un diagnóstico común. Y la dificultad estriba en que la globalidad del diagnóstico es nuevamente difícil de aprehender. Más precisamente, y sin que tenga que desarrollarlo aquí inmediatamente, clima y hundimiento del viviente cuestionan el volumen de las actividades humanas en el seno del sistema-Tierra; esto es algo que se transparenta claramente con el referencial de los límites planetarios. O dicho de otro modo, lo que vale para el agua acontece también en las otras dificultades ecológicas. Cualquiera sea el problema, tropezamos siempre con cuestiones de finitud, con los límites planetarios, y estaremos llamados siempre a una forma de sobriedad. El objetivo antañón común al conjunto de las fuerzas políticas democráticas —maximizar en el seno de la nación el desarrollo de las fuerzas productivas— se ha vuelto peligroso. Acomodarse a la sobriedad en el respeto de nuestros grandes valores debería constituir el nuevo zócalo común democrático. Entre más tarde lo entendamos, más mantendremos la confusión de las ideas y de los registros, y más estaremos preparando el terreno de futuras reparticiones inigualitarias y autoritarias de los recursos, de posibles dictaduras, no ecológicas sino suscitadas por la sordera ecológica.

Traducido por Luis Alfonso Paláu C., Envigado, co, abril 27 de 2023

Fuera de serie "filosofía del cambio climático"

Dominique Bourg/Peter Singer: la ecología en la práctica

[Dominique Bourg](#), [Peter Singer](#) opiniones recogidas por Naomi Hytte, publicadas el 9 de abril de 2023

¿Tener hijos?

Dominique Bourg

La cuestión se plantea en un contexto general particular: la humanidad va a quedar confrontada a una situación a la que nunca había estado confrontada. Hemos sobrevivido a la edad glacial, pero para entonces el cambio de temperatura era del orden de un grado cada mil años. En los últimos cuarenta años, el calentamiento ha sido de nueve décimas de grado, y podrá subir entre dos y tres grados según nuestras acciones en el futuro próximo. Corremos el riesgo de convertirnos en un «planeta estufa», cuya capacidad de acoger la especie humana y las otras especies será reducida drásticamente. Negarse a tener hijos equivale ciertamente a apostar por lo peor, pero cuando se ve el planeta hacia el que corremos, desgraciadamente esta opción no es absurda.

La comparación con Malthus es interesante, porque se trata aquí de un razonamiento completamente inverso. En la época de Malthus no existía la noción de riesgo ecológica, que supone una influencia masiva de las actividades humanas sobre el sistema Tierra. El problema era de orden económico: se consideraba ilegítimo que los pobres se reprodujeran porque no tenían los medios para solventar sus necesidades. El razonamiento de las personas que se niegan a tener hijos hoy no es el mismo. Identifico en ellos dos razones. Por una parte, nosotros los Occidentales, sabemos que nuestros hijos participaran en la polución y en la destrucción del entorno, habida cuenta del sistema en el que vivirán. Por otra parte, el riesgo climático afecta a todo el mundo, incluso a los más ricos; no tenemos ya seguridad de una situación futura estable.

Estas dos razones me parecen válidas. Puedo comprender este razonamiento a escala individual, y la elección depende de la sensibilidad de cada uno. Pero no pienso que sea algo a lo que se deba invitar políticamente. Negarse a tener hijos es contribuir a cerrar definitivamente el horizonte de las generaciones futuras. Ahora bien, yo no puedo excluir la posibilidad, lejana e incierta, de que la humanidad pueda, con una población reducida, reencontrar un equilibrio con su medio.

Finalmente, es preciso anotar que mi responsabilidad moral en esta cuestión depende de los aspectos del problema ecológico que se tome en cuenta. El primer factor que influye sobre el clima, es nuestro modo de vida; aquí, no es la demografía el problema sino más bien el uso de nuestras riquezas. Por el contrario, si enfrento el problema ecológico desde el punto de vista del hundimiento de la biodiversidad, la demografía entra directamente en la cuenta. La vida de todo ser humano, si tenemos en cuenta sus necesidades fundamentales, implica un costo mínimo sobre el entorno. Desde este punto de vista, cada individuo que nace añade un peso a esta tierra que ya está a punto de no poder con más.

Peter Singer

Una razón evidente justifica escoger el no tener hijos; participaran inevitablemente en la emisión de gases de efecto invernadero. Y esto es particularmente cierto en los países ricos donde los consumos, y por ende la producción de gas de efecto invernadero, son importantes. En estas condiciones, el crecimiento demográfico sí que tiene evidentemente un impacto en el clima, y continuará teniéndolo si continuamos utilizando nuestras actuales tecnologías para producir y desplazarnos, y si seguimos comiendo carne. Más allá del crecimiento demográfico, evidentemente que conviene cambiar estos modos de vida. Pero puedo comprender a los que preconizan actuar usando estos dos medios a la vez.

Dicho esto, es bastante paradójico que esas personas que se preocupan por el porvenir, especialmente ecológico, del planeta y de la humanidad, no se doten de los medios de transmitir esos valores y esas preocupaciones teniendo niños. Un mundo donde sólo tengan hijos las personas que nos se preocupan por el calentamiento global no me parece deseable. Si los hijos no son concebidos y criados por padres que tengan la capacidad de proyectarse a largo plazo, y que se preocupen de los problemas medioambientales, es menos probable que ellos desarrollen a su vez esas preocupaciones y estas maneras de pensar. No estoy diciendo que nuestro grado de consciencia ecológica dependa únicamente de nuestra educación. Nuestra capacidad de proyectarnos a largo plazo, particularmente, probablemente también dependa de determinantes genéticos.

Pero los valores que transmitimos a nuestros hijos, y sobre todo la forma como nos ven actuar con respecto al medioambiente, evidentemente que tiene un impacto sobre sus propios comportamientos. Por lo demás pienso que nuestros comportamientos tienen más influencia sobre nuestros niños que nuestros discursos: ellos no se dejan engañar por discursos llenos de buena voluntad, y van más bien a imitar lo que se hace.

¿Comer carne?

Dominique Bourg

Es absolutamente necesario cambiar nuestros modos de vida para reducir las emisiones mundiales de CO₂ y limitar el calentamiento global a 1,5 °C de aquí al 2100. El estudio de B&L *Évolution [oficina de estudios en desarrollo sostenible con destino a empresas y a colectividades]* de 2018 detalla las evoluciones necesarias, especialmente en nuestros hábitos de transporte y de alimentación. Si consentimos en efectuar esos cambios, entonces se podrá fácilmente esperar el objetivo de reducción de las emisiones en un 63% de aquí al 2030. Imperativamente hay que aceptar pues afectar el consumo final, es decir cambiar nuestros modos de vida. El informe preconiza reducir el consumo de carne por persona de 90 kg a 25 kg por año. Recomendaría pues comer mucha menos carne, consumiendo únicamente carne venida de criaderos respetuosos.

En revancha, yo no diría que es necesario no volver a comer carne. Comprendo el veganismo a título de moral y de elección individual. Pero en tanto que moral social, el veganismo nos haría caer en un artificialismo total, puesto que si quiero suprimir todo sufrimiento animal, entonces debería comenzar por liquidar a todos los animales salvajes, que son causa de un sufrimiento enorme.

Más allá del consumo de carne, propongo consumir menos en términos generales. Ahora bien como nuestra economía está fundamentada en un sistema de sobre-consumo, estos cambios de modo de vida, que son necesarios ecológicamente, causarán pues una crisis económica inmediata.

Peter Singer

Para mí tengo que no deberíamos comer carne. Primero por razones ecológicas, puesto que la producción de carne genera más gas de efecto invernadero que la producción de otros alimentos que poseen el mismo valor nutricional. Y esto no concierne solamente la carne, sino también los productos lácteos. Las recomendaciones alimenticias que se fundan en preocupaciones ecológicas deberían pues igualmente preconizar no seguir consumiendo productos lácteos. Y no lo digo solamente por razones ecológicas. La forma como son tratados los animales para ser transformados en carne, en particular en la crianza intensiva, impone a los animales condiciones de vida miserables y no tiene en cuenta su bienestar.

Ahora bien, no pienso que porque un ser no pertenezca a nuestra especie se justifique faltarle al respeto; se trata de una discriminación especista, al mismo título que existen discriminaciones raciales o sexuales. Actualmente, la mayor parte de la gente consideran estas discriminaciones raciales y sexuales ilegítimas, y reconocen la necesidad de combatirlas; pienso que debería ser lo mismo con respecto a discriminaciones que se tienen con las especies no-humanas. Si queda demostrado que los insectos no son capaces de sentir

sufrimiento, entonces para mí no habría ninguna objeción ética para comérselos. Y, dado su valor nutricional, especialmente en proteínas, esta podría llegar a ser la solución en el plano ecológico, puesto que su producción genera poco gas de efecto invernadero. El problema es que no tenemos seguridad de que los insectos no tengan ninguna consciencia del dolor. Todo depende de la especie precisa que consideremos, y no tenemos por el momento ninguna prueba científica demostrada. Además la cuestión implica otras apuestas filosóficas de definición de la conciencia y del sufrimiento; se trata de probar que no sienten ninguna forma de sufrimiento, y no de hablar únicamente del dolor tal y como el hombre lo conoce.

Ahora bien, si produjésemos insectos para comerlos tendría que ser en una gran cantidad, y si ellos efectivamente pueden sentir sufrimiento entonces habríamos multiplicado la cantidad de sufrimientos. La incertidumbre hace que la cuestión sea particularmente arriesgada, y por esto no sería la solución que yo plantearía prioritariamente. En revancha, existe la solución que no causa ningún sufrimiento: la producción de carne sintética. Puesto que esta carne celular no compromete a ningún ser vivo sensible, no veo ninguna objeción ética para consumirla – en el supuesto de que su producción genere poco gas de efecto invernadero.

¿Montarse a un avión?

Dominique Bourg

Es preciso reducir el tráfico aéreo en un 70%, es decir hacer del avión un modo de transporte excepcional. El problema estriba en que el Estado no asume su responsabilidad en este asunto. Estamos ante una increíble hipocresía de los poderes públicos, que pretenden luchar contra el calentamiento global pero permiten que un trayecto Lausanne-Berlin en avión se venda a 20 euros <100.000 COP>, contra 150 o 200 euros <750.000 o 1'000.000 COP> en tren. No se están teniendo en cuenta los enormes perjuicios ecológicos inducidos por el tráfico aéreo. Y esto tiene que ver con una decisión pública; es una vergüenza que un tiquete de avión valga tan poco.

La responsabilidad es pues más del Estado que del ciudadano. Tenemos autoridades públicas corruptas que obligan a los individuos a tener un comportamiento destructivo con el planeta. Dos soluciones son posibles por el sesgo de la acción pública. Se puede internalizar las externalidades medioambientales poniéndole impuestos a los tiquetes de avión. O se puede, como yo lo propongo, recurrir a la prohibición, fijando una cuota kilométrica. Evidentemente, no se trata de hacer del avión un atributo de los más ricos; el avión debe más bien volverse algo raro para todos. Propongo pues fijar democráticamente una cuota kilométrica de viajes en avión, que sea la misma para todos en el transcurso de su vida.

Peter Singer

Todo depende, según que exista o no una alternativa al avión, en función de la distancia. Cuando exista una, nuestro cálculo debe tener en cuenta el costo ecológico del avión, así como también la diferencia de precios. A menudo el avión cuesta menos que el tren, por lo que puedo reflexionar de una manera ética e invertir esa ganancia económica, por ejemplo, donando ese dinero a instituciones capaces de actuar por la causa ecológica. Cuando no exista verdaderamente alternativa al avión, en las muy largas distancias, se trata de interrogarse sobre las razones que me llevan a emprender ese viaje. La decisión es individual, y resulta de sopesar entre los valores y las motivaciones del dinero.

Evidentemente que pienso que deberíamos tratar de reducir nuestros trayectos en avión, preguntándonos verdaderamente si es importante para nosotros emprender esos viajes. No diría pues que podemos simplemente dejar de viajar en avión. No pienso que se les pueda exigir a los individuos de que prioricen sus preocupaciones ecológicas sobre todas sus preocupaciones y prioridades personales. Reconozco por ejemplo que prefiero escoger vivir en Melbourne a pesar de mi puesto en la universidad de Princeton, para estar cerca a mi familia. Cada individuo juzga sobre lo que está dispuesto a hacer o no por la causa ecológica, y estas decisiones dependen finalmente de lo que cada uno considere como esencial para su propio bienestar. Me parece difícil establecer una regla general que fuera la misma para todos.

¿Comprarse un carro eléctrico?

Dominique Bourg

Todo depende ante todo del país en el que él circule; si en ese país la producción de electricidad es carbonada, menos interesante será la ganancia ecológica. En un país como Francia, pasarse al vehículo eléctrico permite reducir las emisiones en alrededor de un 50%.

Pero el impacto ecológico va a seguir siendo relativamente débil, y en todo caso insuficiente. En el dominio de los transportes, la mutualización de los vehículos es la única solución verdaderamente eficaz. Ya existe en algunas cooperativas habitacionales en Suiza, donde se mutualiza un solo vehículo para todo un inmueble.

Peter Singer

Todo depende efectivamente del país, y de la huella ecológica de su producción eléctrica. Habrá también que tener en cuenta el costo ecológico del reciclado de la batería, que depende de su duración de vida.

Las otras soluciones, como el desarrollo de los transportes públicos y la mutualización de los vehículos, dependen igualmente del entorno de cada individuo. Evidentemente que sería deseable que cada uno dejara de usar el carro, pero esto no es posible para todo el mundo. No es lo mismo la situación en ciudad que en los medios rurales, porque el desarrollo de los transportes públicos depende de la densidad de población. Las situaciones individuales imponen además limitaciones específicas de desplazamiento, que pueden hacer indispensable el vehículo.

Traducido al francés por Naomi Hytte
y al español por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, mayo 6 de 2023